



Nació en la ciudad de Villa María, Provincia de Córdoba, Argentina el 28 de Agosto de 1922, hijo de Harry Francis Baker (Don Enrique) y Juana Lidia Elena Wirtz de Baker (Doña Nita), provenientes de Inglaterra, desde 1915 misioneros en esa ciudad. Sus padres formaban parte del movimiento de Los Hermanos Libres, o Plymouth Brethren. Era el menor de cuatro hermanos varones. Sus abuelos maternos eran también un prominente matrimonio misionero asentado en España por muchos años, fundadores allí de iglesias en los alrededores de Vigo.

Ivan creció en un hogar marcado por la predicación del evangelio en las quintas, chacras, campos y calles de los alrededores de Villa María. En aquellas épocas, las tierras que rodeaban la ciudad eran

atendidas por grandes números de peones en días en los que las maquinarias agrícolas actuales aún no existían. Su padre era poseedor de un carácter firme y constante y hacía del estudio de la Biblia, la oración y la predicación del evangelio sus prioridades excluyentes. Su madre, de un espíritu carismático y sencillo, también tenía un fervor por la salvación de almas, y a pesar de haber tenido una cuna de muchos privilegios económicos, hizo de esos humildes pagos, su hogar y su pasión.

El hogar de su infancia fue el epicentro del mover de Dios en esa región de Córdoba en esos años. La familia recorría a pie, y con los años en carruaje tirado a caballos, los caminos de tierra que llegaban a los campos, para entrar y reunir a la peonada para la predicación del evangelio, luego de obtener el permiso de los capataces y dueños. Esos peones eran los que luego frecuentaban su casa y participaban de las reuniones en el local del centro de Villa María.

La familia visitaba cada tanto Inglaterra, donde sus hermanos se encontraban desde muy temprana edad realizando sus estudios en escuelas como alumnos pupilos, práctica que era muy frecuente entre los misioneros ingleses de aquella época. Pero Ivan, quizá por ser el menor entre sus hermanos, quedó toda su infancia y juventud viviendo con sus padres en Villa María.

A los quince años de edad fue bautizado y al poco tiempo su madre, que se encontraba con una dolencia pasajera, le pidió si pudiese hacerse cargo por única vez de un encuentro de mujeres en la localidad de Chaco Chico, en los alrededores de Villa María, ya que ella no podría ir. Aceptando el pedido, buscó a un hermano, Don Indalecio Arija, pastelero de un hotel en el centro de la ciudad, de unos 60 años de edad y juntos fueron a dirigir el encuentro.

Este fue el principio de su ministerio, y el comienzo de su valoración del compañerismo en la obra, ya que fue tal el éxito de la reunión y el fuego en su comunión con don Indalecio, que de allí en más fueron ellos quienes se hicieron cargo de esos encuentros semanales en Chaco Chico.

Las imágenes, experiencias y ejemplo que sus padres le dejaron serían una marca imborrable para siempre en su conciencia y alma, y sembraron en su corazón la semilla de un cristianismo de "o todo o nada" como más adelante Ivan lo definiría. El amor de su casa por las almas perdidas se impregnó en su espíritu y se volvió un motor imparable a lo largo de toda su vida.

A los 27 años de edad, y ahora trasladado a la Ciudad de Buenos Aires, Ivan oye la voz de Dios. Se encontraba en una reunión en la que alguien predicaba el sermón dominical. Y mientras escuchaba, Dios le preguntó: "Ivan, en qué estás pensando". Con mucha vergüenza y luego de titubear por unos minutos respondió: "Yo podría predicar mucho mejor que ese hermano", a lo que Dios le respondió: "Ivan, yo tengo un púlpito mucho más grande que éste para vos". Pensando que el Señor lo haría un "gran predicador" volvió a su casa y se olvidó del asunto. Pero al día siguiente mientras viajaba en ómnibus para su trabajo volvió a sentir a Dios diciendo: "Ivan, este es tu púlpito.

Un poco antes, mientras volvía de una reunión a su casa, pensaba en la posibilidad de irse como misionero a África, el Señor le dijo "Esta es tu tierra misionera. Conoces el idioma, las costumbres, la gente, estás caminando en tu tierra misionera". De allí en más, convencido de su llamado, Ivan se volvió un ferviente e incansable buscador de almas con sed de Dios, en el lugar donde se encontrase, hasta sus últimos días. ". Aprendió de esta forma el valor de vivir cada momento presente para Cristo con intensidad y pasión.

Ivan también rechazó la influencia de los medios de comunicación. Consideraba a la televisión y el cine como los maestros de inmoralidad y superficialidad. Este fue un asunto que produjo muchas veces incomodidades en quienes estaban cerca de él. Cuando se argumentaba que había programas y películas aceptables, respondía que aún si así fuese, ocupaban el tiempo que le pertenecía al Señor.

Poseedor de una voz privilegiada y de un don para el dibujo y la pintura, y luego de haber abandonado una carrera como concertista de piano por haber perdido un dedo en una mano, formó parte de lo que se denominó el "Conjunto Evangelístico" junto a Augusto Ericsson, Ángel Bonati y Carmelo Raciati. El grupo organizaba campañas evangelísticas a lo largo y ancho del país, y en cada una de ellas, Ivan tenía el rol de pintar con tizones de colores cuadros representativos del mensaje o sermón; luego entonaba alguna canción con contenido Evangelístico.

Junto con este grupo, pasó más de diez años recorriendo el país predicando la palabra del Señor. Se armaban carpas en las plazas de los pueblos y ciudades, y por medio de anuncios hechos por altavoces instalados en el techo del móvil de campaña, se invitaba a la gente a los encuentros que se realizaban al anochecer. Además de dirigir su propio programa en Radio Excelsior, el Conjunto promovía los eventos con participaciones en las radios locales de los lugares de reunión. Esta fue una época en la que Ivan también grabó junto a Augusto Ericsson (en el organo y piano), varios discos Long Play.

En 1954 se casa con Eslava Koef (Gloria), perteneciente a una familia de Hermanos Libres provenientes de Bulgaria. El matrimonio se instala en una casa en el barrio de Floresta, Buenos Aires, construida por su suegro, quien había fallecido pocos años antes. Tanto el tiempo de noviazgo como toda la vida matrimonial estaban signados por la urgente necesidad de alcanzar almas para Cristo. Gloria se volvió una trabajadora incansable acompañando a Ivan en esta tarea. Con el tiempo tuvieron tres hijos: Monica, Alex y Danny.

En el año 1963 el Conjunto Evangelístico es invitado a realizar campañas en varios países de Europa. Es allí donde quedó impactado por la pobre vida espiritual y el escaso número de creyentes que quedaba en las iglesias, supuestamente precursoras y madres de la obra en Argentina. Durante los tres meses que duró la gira se preguntaba la razón por la que se encontraban en este estado. Sintió un profundo deseo de revisar las Escrituras para descubrir si su fe y su manera de hacer la obra tuviesen algún desvío o error. Comenzó a observar que el fruto de su propia congregación y el de las iglesias de ese continente distaba mucho de las características de la iglesia retratada en el Nuevo Testamento.

A los 28 años, aún soltero, había comenzado una congregación en la localidad de Casanova, en las afueras de Buenos Aires. Ahora recluido en su cuarto de hotel y 14 años después, sintió el sinsabor de que su propia obra debía ser puesta en la balanza de las Escrituras. A pesar de todo su genuino esfuerzo y determinación de servir al Señor en ese lugar, se daba cuenta que su patrón de comparación había sido lo aprendido de otros y no necesariamente el modelo de la iglesia primitiva.

Esto le produjo una crisis tan grande que decidió interrumpir la gira, volviendo a Argentina precipitadamente para buscar al Señor y comprender mejor lo que Dios le estaba mostrando a través de las Escrituras. El relato y los pormenores de este proceso se pueden encontrar más extensamente en su libro "Multiplicación: Id y Haced Discípulos". En esta transformación descubrió que no solo el objetivo que procuraba alcanzar con su obra era inadecuado, sino que aún el evangelio que predicaba era diferente al de las Escrituras. Comprendió por primera vez que la salvación, lejos de ser el fin a alcanzar, era el comienzo de un proceso en el que cada hombre debía llegar a la estatura de la plenitud de Cristo.

Se sorprendió al descubrir en las Escrituras que la promesa del Bautismo en el Espíritu Santo no era dispensacional, exclusivo de la iglesia primitiva, sino que por el contrario, esa promesa era para cuantos el Señor llamase en todas las edades. El mismo se encontró pidiendo al Señor que le diese esa promesa, de la que recibió confirmación seis meses después. Todo esto significó un desafío muy grande y produjo una crisis de proporciones de magnitud con sus compañeros de obra de esos días.

Se encontró también con una palabra que de alguna manera había estado escondida para él: la palabra "discípulo". Se dio cuenta de que los primeros cristianos eran más comúnmente llamados de esta forma. Esto trajo una pieza fundamental en el rompecabezas que comenzaba a armarse. El cristiano, no solo era un creyente, sino alguien que caminaba en las huellas de su maestro. Y esto implicaba para Ivan una profunda revisión y evaluación del fruto que había obtenido hasta aquí.

Otra de sus sorpresas fue que los primeros cristianos lo hacían todo en las casas, y eran los hogares el centro de encuentros espontáneos. Se preguntaba qué era "la iglesia en la casa". Toda su vida había pensado que cuando la palabra se refería al "templo", hablaba del "local evangélico", mas ahora

comprendía que el templo del Nuevo Testamento era un lugar público en el que muchas veces los cristianos eran perseguidos por predicar el evangelio.

Fue así que comenzó a ver las paredes de su hogar con otros ojos. Recordando lo que el Señor le había mostrado muchos años atrás, se dijo a sí mismo: "mi casa, mi barrio, es mi tierra misionera". Dado que desconocía como hacerlo decidió que los hermanos de Casanova no debían saber lo que junto con su esposa iban a intentar en casa. Por lo tanto no se debía interrumpir el régimen de reuniones allí. Mientras tanto con mucha oración, comenzó a invitar a sus vecinos para hablarles del Señor, sin decirles a su vez, que pastoreaba una obra en Casanova.

Este primer año fue un nuevo "bautismo" de experiencias que el mismo desconocía. El discipulado personal de los que se convertían traía tal madurez espiritual, que al cabo de un año cuando llevó a Casanova un grupo de jóvenes que se habían convertido, bautizado y formado en su hogar, nadie podía creer que en verdad eran nuevos creyentes. De aquí en más, su obra nunca más fue la misma.

Sería difícil describir el fuego de avivamiento que visitó su casa de la calle Martínez Castro en el barrio de Floresta. Ahora muchos vecinos eran discípulos del Señor, y algunos de ellos ya se encontraban haciendo lo mismo en sus propias casas, alcanzando cada uno a sus familiares, vecinos y amigos cercanos. En pocos años eran cientos los que se habían bautizado y seguían a Jesús en un encuadre en el que solo era necesario que cada uno cumpliera con su ministerio. Ahora la función de Ivan no era ya más "hacer la obra" solo, mientras otros observaban pasivamente, sino que quedó marcado en él para siempre el hecho de que la obra del Señor se hace en el ir y venir cotidiano, y en incluir a sus discípulos más cercanos en ese ir y venir. El ministerio ya no era más una serie de actividades religiosas pre programadas, sino una vida en la que cada minuto estaba dedicado a la gloria de Dios.

De allí en más su mayor campaña evangelística fue una vida personal de fervor por ganar y formar discípulos. Ya no estaba en el púlpito llamando a las almas, sino que formaba parte de un ejército de discípulos que se encontraba continuamente en campaña en todo lugar donde se hallase. La vida de Iglesia dejó de estar definida por las reuniones, y se comenzó a definir por esa capacidad de acción constante de cada miembro en el lugar que se encuentra.

Acompañar a Ivan a realizar un trámite bancario implicaba verlo predicar numerosas veces a otros en la fila, a los cajeros, y muchas veces acababa en un café de la ciudad con algún interesado. Ese era el terreno para entrenar o enseñar el camino del Señor a los nuevos convertidos: la calle, donde están las almas necesitadas. Al leer el Nuevo Testamento se daba cuenta de que Cristo no había usado ni edificios, ni seminarios teológicos, ni siquiera contaba con los medios impresos! También se dio cuenta que el contar con todos esos elementos y muchos otros, no había producido en la Iglesia una mejor calidad de discípulos. Comenzó a identificar el hecho de que en la Biblia no solo se encontraba el "Logos", sino que ese "Logos" se encontraba rodeado de un contexto que llamó "El Modelo de Jesucristo".

Al ver que Cristo pasaba la mayor parte del tiempo en lugares "no religiosos" en compañía de sus discípulos (un bote, los caminos, las plazas, las colinas de las afueras de la ciudad, etc.), Ivan se deshizo de todo preconcepto respecto a la efectividad de los métodos institucionales. Llegó a decir "la iglesia no

se define por la cantidad y calidad de los encuentros que celebra, sino que por el contrario, por la cantidad de reuniones que puede cancelar sin que sus miembros pierdan su rol de sacerdotes y ministros de Jesucristo”.

En 1967 participó en las reuniones de oración en la casa del hermano Alberto Darling junto a muchos otros que se encontraban viviendo experiencias similares. Entre ellos se encontraban Jorge Himitián, Orville Swindoll, Augusto Ericsson, Keith Bentson, Ángel Negro. Esos días fueron días de tal visitación del Señor, que todos ellos quedaron marcados por una unidad “a fuego” que perduró a lo largo de sus vidas. Estos encuentros derivaron en un proceso de comunión y unidad tal, que a pesar de que cada uno venía de una experiencia con el Señor propia y de una extracción denominacional diferente, comenzaron a vislumbrar la posibilidad de emprender juntos los desafíos de la obra del Señor. El valor de esa unidad en medio de los cambios y desafíos que enfrentaron fue comprobado por la persistencia en ella y por el compañerismo afectuoso que mantuvieron. Se recomienda la lectura del libro “Tiempos de Restauración”, por Orville Swindoll para una exhaustiva y precisa descripción de esos días y años posteriores.

A los 76 años de edad, Ivan comenzó a notar un raro temblor en su pulgar derecho mientras conducía el automóvil. Poco tiempo después se le diagnosticó la enfermedad de Parkinson, que gradualmente fue quitando su fuerza física. Esto no disminuyó su fortaleza interior ni decayó su espíritu evangelístico. Tampoco permitió que la enfermedad lo recluyese sino que mantuvo la comunión con sus colaboradores más cercanos de manera normal mientras esto fue posible. Ahora su obra incluía iglesias en numerosas ciudades de Brasil, Uruguay, Argentina, Estados Unidos, Angola, Mozambique, Marruecos e Inglaterra. Sus compañeros de esos lugares, frecuentemente se acercaban a visitarlo o proveían los medios para que Ivan pudiese viajar acompañado de un asistente.

En sus últimos años el Señor le reveló el motivo de la amonestación que recibe la iglesia de Éfeso en Apocalipsis capítulo 2. Independientemente de que la obra parecía ser de gran valor y efectividad, los hermanos habían olvidado el primer amor y esto la volvía inaceptable. El primer amor representaba los días de niñez espiritual, en los que se dependía del Padre y no de los métodos. Comenzó a redescubrir el significado de “permaneced en mí” y “venid a mí”. Toda obra que no se hace en dependencia del Señor no merece su aprobación. También dispuso su corazón en esta etapa a estudiar en las Escrituras la segunda venida de Cristo, dejando numerosas charlas y meditaciones sobre este tema.

Ya muy avanzada su enfermedad en Noviembre y Diciembre de 2005 Ivan participó en la ciudad de Mendoza Argentina y Belo Horizonte, Brasil, de dos encuentros históricos. Los mismos fueron, sin que nadie lo supusiese, la despedida de sus más queridos amigos y discípulos. Finalmente, el 30 de Diciembre de 2005, a los 83 años de edad Ivan partió con el Señor. Su vida dejó una marca de amor genuino, compañerismo, amistad y ejemplo. Su compasión por las almas perdidas, su pasión por la persona de Jesucristo, su lucha contra la comodidad, y su esperanza de una vida eterna en el cielo, quedarán para siempre en los corazones de quienes tuvieron el don de caminar con él.